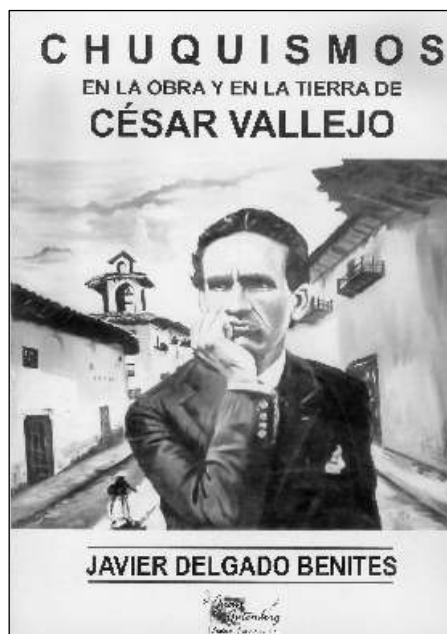


CHUQUISMOS EN LA OBRA Y EN LA TIERRA DE CÉSAR VALLEJO

Javier Delgado Benites

Juan Gutember Editores Impresores E.I.R.L., Lima, 2012.

Cuando los padres agustinos llegaron a las tierras del halcón en 1553, fundaron ahí un Convento de Reducción de Indios e incluso se escribió un Catecismo con la denominada “lengua de Guamachuco”, con el objeto de evangelizar a los nativos; siendo estos misioneros los primeros que dejaron constancia de la señalada lengua culli. Tal es así, que los cronistas Pedro Cieza de León y el padre Blas Valera, hicieron notar la existencia de la lengua que usaban los pobladores indígenas de Guamachuco. Según un documento del Archivo de la Curia de Trujillo del año 1774, el cura de Ichocan y del valle de Condebamba, Miguel Sánchez de Arroyo, al postular al curato, advierte que la gente “a más de la Lengua General entien- de también el Culle, por curiosidad y por industria y por haber administrado los sacramentos entre los que acostumbraban hablar...”, lo que hace notar que el culli aún subsistía en algunos lugares en pleno siglo XVIII. En esta misma época, Baltazar Jaime Martínez de Compañón y Bujanda, Obispo de Trujillo, consigna la noticia que en la zona de Guamachuco se hablaba una lengua particular, refiriéndose al culli, y que se caracterizaba por cuanto el acento de las palabras caía en la última sílaba. El mencionado prelado, en 1790, publicó un informe en el que incluía una lista de unas 43 palabras de la “lengua



culli de Guamachuco”. Y pasado un largo periodo, en 1915, el cura Teodoro Gonzales Melendes, de Pallasca, recopiló un breve diccionario de 20 vocablos de esa zona, de naturaleza muy similar a los publicados por el Obispo Martínez de Compañón. Y más recientemente, en la década del 80 del siglo XX, se conoció que el historiador Waldemar Espinoza encontró tres palabras del culli cuando analizaba el testamento del cacique de Ninaligón de la guaranga de Cuismancu en Cajamarca, escrito en 1592. Es así

cómo, poco a poco, se está rescatando el *culli*, la lengua perdida de los andes norteños del Perú. Pero, valga la ocasión para hacer reminiscencia a esta lengua cuyos vestigios le imprimen un sello peculiar al habla de quienes viven en su zona de influencia, un habla nutrida de dulzura y de utopía.

En el proceso de aculturación, el *culli*, el quechua y el español, coadyuvaron con la generación de una serie de nuevos vocablos, los denominados modismos, que en Cajamarca Homero Bazán Zurita asigna con la peculiar denominación de “cajachismos” y en Santiago de Chuco, el autor del presente libro, el investigador Javier Delgado Benites, nombra como “chuquismos”.

Además de los innumerables topónimos, el haz de modismos santiaguinos que se conservan actualmente es voluminoso y pintoresco. Los hay característicos, cuya génesis de algunos está en el *culli* como se ha hecho notar (v.g. *cashallurto*, *shámbar*, *cushal*, *qesheste*, *cushipa*), en el quechua (como *pallaquiar* del verbo *pallay*, que significa recoger cosas menudas como el maíz o el trigo) o en la “fusión” de ambas o con la lengua exótica (el castellano).

En las primeras décadas del siglo XX, cuando Vallejo escribía su enjundiosa obra literaria, naturalmente el *culli* y el quechua estaban casi extintos y sólo se mantenían –como ahora- algunas palabras con raíces en el *culli* y en el quechua. Pero para el bardo, estas lenguas para nada fueron ajenas a su prosapia. Por eso, a lo largo de su obra, se encuentran perennizados diversos modismos de su lar natal. Tal

vez, la palabra “tashuando” que aparece en el poema “*Hojas de ébano*” de “*Los heraldos negros*”, sea el más claro ejemplo de la síntesis de las tres últimas lenguas que se han hablado en tierra del Chuku-Way; pues la formó con *tawa* (cuatro) del quechua, el sonido “sh” del *culle* y la terminación española *ando* del gerundio. Y teniendo en consideración este aspecto descrito por el autor de “*Trilce*”, resulta comprensible hacer notar que para entender mejor la obra vallejana, pasa por tener un mejor conocimiento de los modismos de Santiago de Chuco o “chuquismos”. Ese es el espíritu de la significativa obra intitulada “*Chuquismos en la obra y en la tierra de César Vallejo*”, fruto de la labor tesonera del preocupado investigador Javier Delgado Benites.

En lo concerniente a la estructura de este impar y magnífico compendio denominado “*Chuquismos en la obra y en la tierra de César Vallejo*”, su autor lo ha dividido en cuatro capítulos. En el primero, designado como “*Chuquismos en la obra de Vallejo*”, se hace referencia a un significativo número de vocablos usados por el vate santiaguino en sus diversas obras, escritas ya sea en verso como en prosa. En realidad, la obra de César Vallejo es una fina urdimbre de palabras y de voces, unas provenientes de la academia y otras de la sabiduría popular; una obra exquisita tallada portentosamente y adornada desde la muy peculiar habla chuquina, gestada desde sus múltiples raíces.

En el segundo capítulo, titulado “*Chuquismos*”, que es el más voluminoso, se presenta cientos de modismos y decires que servirán de elementos valio-

sos para los estudiosos de la historia y el costumbrismo santiaguino. El tercero, signado como "*Topónimos de Santiago de Chuco*", se refiere a los lugares o caseríos que forman la provincia de Huamachuco. Y en el cuarto, citado como "*Chuquismos en nombres de personas*", se consigna apócope que se usan con frecuencia para sustituir algunos nombres de los santiaguinos.

Es ocasión para dar la más cordial bienvenida a este compendio auroral e

impar, fruto maduro de una laboriosa y titánica labor que brota de alguien que ama afablemente a su terruño; obra singular que invita a conocer parte importante de la cultura santiaguochuquina y, como se ha dicho, ayudará a incursionar en mejores condiciones en el estudio y comprensión de la obra del genial poeta de las letras hispanas e hijo ilustre de Santiago de Chuco, César A. Vallejo.

José Esquivel Grados